

El cultivo de la madurez cristiana

5.1—6.12

Porque debiendo ser ya maestros,... (5.12).

En los tiempos de la Edad Media, se hacía una lista de los “siete pecados mortales”. Los autores debieron haber considerado que estos siete pecados eran más graves que todos los demás. Los “siete pecados mortales” incluían pecados que son de esperarse en esta lista, tales como el orgullo, la envidia, el enojo, la avaricia, la glotonería y la lascivia. Pero hay un particular de la lista que causa sorpresa —la palabra griega *accidie*, la cual se traduce normalmente por “pereza” o “indolencia”. Puede ser que no la veamos como una de las más serias ofensas, pues para nosotros, la palabra “pecado”, normalmente nos evoca imágenes de ofensas de tipo sexual o antisocial. Pero la iglesia del primer siglo consideraba la “indolencia” una de sus más graves ofensas.

Otra característica de la *accidie* podría ser la actitud del que dice: “Me tiene absolutamente sin cuidado”. Podría parecernos que nuestros problemas son muy diferentes de los de aquellos pueblos de antaño, porque nuestras vidas son más complicadas que las de ellos. Pero escuche la siguiente descripción que se hace de un monje perezoso del siglo quinto:

Quando el pobre hombre está acosado por ella, ella hace que deteste el lugar donde se encuentra, y que abomine de su celda; y tiene una pobre y desdeñosa opinión de sus hermanos, los cercanos y los lejanos, y piensa que éstos son descuidados y poco espirituales. Ella lo vuelve inactivo e inerte para toda tarea; no puede sentarse con tranquilidad, ni entregar su mente a la lectura; se vuelve pesimista cuando piensa en el poco progreso que ha

logrado donde actualmente se encuentra, en lo poco bueno que ha ganado o que ha hecho... se obsesiona con la excelencia de otros y distantes monasterios; piensa en lo saludable y provechosa que es la vida en ellos; cuán agradables los hermanos son, y cuán espiritualmente ellos hablan. Por el contrario, donde él se encuentra, todo le parece severo y adverso; no hay confort para su alma que le puedan dar sus hermanos, y ninguno para su cuerpo que le pueda dar la ingrata tierra;... y así, con su mente llena de estúpida perplejidad, y de vergonzoso pesimismo, se vuelve negligente y vacío de toda energía espiritual, y piensa que nada hay que le haga bien, excepto el ir y llamar a alguien, y si no, entregarse al consuelo del sueño.¹

La indolencia también es problema nuestro. Vemos los debilitantes efectos del descuido. El desánimo nos priva fácilmente de la voluntad para continuar con nuestra vocación cristiana.

El escritor de Hebreos dice en 6.12: “... a fin de que no os hagáis perezosos,...”. Uno de los problemas de aquellos cristianos es que ellos tenían “las manos caídas y las rodillas paralizadas”. Al haber perdido su intensidad original, ellos se habían hecho vulnerables a doctrinas o ideas nuevas (13.9). Esta pereza se mostraba especialmente en el problema de la falta de asistencia a la iglesia (10.25) y en la tentación de ellos a “descuidar” su gran salvación. La pereza era sólo el comienzo de lo que podía convertirse en apostasía (6.6).

TARDOS PARA OÍR

Hay más de una manera de manifestar la pereza.

¹ David H.C. Read, *Virginia Woolf Meets Charlie Brown (Virginia Woolf conoce a Charlie Brown)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1968), 141.

Ya hemos notado algunos de los síntomas de la pereza de los lectores de Hebreos. Pero hay otro aspecto de la pereza que a menudo se pasa por alto. En 5.11, el autor repentinamente dice: "... os habéis hecho tardos para oír".

En 5.1–10, él comienza la sección central del libro, mostrando que Jesucristo es el sumo sacerdote según el orden de Melquisedec. Después de describir los requisitos levíticos para el sacerdocio (5.1–4), pasa a demostrar que Jesucristo llena todos los requisitos. Habiendo experimentado la agonía del sufrimiento (5.8–9), éste ha sido declarado "sumo sacerdote según el orden de Melquisedec" (5.10). Este hecho se menciona primero en 5.10, y luego se amplía más en los capítulos del cinco al diez. Para la mayoría de las personas, el argumento sobre el sumo sacerdocio de Cristo es la sección más notable de la epístola. Nos damos cuenta de que Jesús no es un sacerdote ordinario. A diferencia de los sumos sacerdotes levíticos, Él vive para siempre (7.3, 23).

Para sorpresa nuestra, este análisis es interrumpido en 5.11. El autor abandona por el momento el tema, para dirigirse a sus lectores personalmente. Sabemos que el autor constantemente termina sus exposiciones del Antiguo Testamento con algunas palabras de aliento. La más larga exhortación del libro se encuentra en 5.11–6.12.

El tema que el autor introdujo en 5.10, es demasiado difícil para los lectores: "Acerca de esto tenemos mucho que decir, y difícil de explicar". La palabra griega que se traduce por "difícil de explicar" (*dusermeneutos*), significa literalmente "difícil de comunicar", no "difícil de interpretar". A Hebreos se le conoce a veces por sus difíciles argumentos, especialmente en lo que concierne a la descripción de Cristo y de Melquisedec. Nos preguntamos por qué el autor abordó un tema que es "difícil de explicar", para cristianos que estaban desertando de la comunidad. ¿Por qué no probó una "charla de ánimo", o algún otro truco para estimularles el interés? A menudo pensamos que la iglesia no debería considerar cosas que sean "difíciles de explicar", sino hasta después de que otros asuntos hayan sido resueltos, o les reservamos tales temas a los expertos, y no a la iglesia en su totalidad; pero el autor estaba convencido de que las cosas "difíciles de explicar", eran para que toda la iglesia—incluso una iglesia cansada y aburrida—las abordara. En los capítulos del siete al diez, él continúa con este difícil mensaje.

Puede que nos preguntemos por qué el autor aborda un tema así, en un libro sobre la renovación de la iglesia. La respuesta está en que la única

renovación que importa es la renovación duradera. Hay una necesidad de profundizar y de arraigarse, si es que hemos de mantener nuestra vitalidad por un largo período. Una charla de ánimo puede ser de provecho por algún tiempo. Pero una iglesia que resiste necesita una firme ancla (6.19) donde pueda hallar la seguridad y el ánimo necesarios para mantener la fe. Arquímedes, el matemático griego, dijo: "Dadme un punto de apoyo y moveré al mundo". El autor introduce un tema "difícil de explicar" porque él sabía que la iglesia necesitaba un punto de apoyo.

Es fácil perder el equilibrio que debe guardarse entre las funciones de informar y de exhortar en la predicación. Un sermón que no pasa de cumplir una función informativa, puede que jamás confronte a la audiencia con las demandas que Dios hace en las vidas de los oyentes. Un sermón que sólo exhorta puede fácilmente carecer de sustancia. El autor de Hebreos, un predicador modelo, sabe que una iglesia viviente mantiene su vitalidad por medio de las dos funciones, la de exhortación y la de información. Él reconoce que una iglesia necesita raíces firmes en el estudio sólido y exigente. A él no le asusta la idea de confrontar a los cristianos con palabras apremiantes. Él sabe que una fe que se reduce fácilmente a unos cuantos lemas no constituye un punto de apoyo firme. En la predicación bíblica hay lugar para poner a prueba nuestras mentes. No hay sustituto para las palabras que son "difíciles de explicar" porque el entusiasmo por aprender proporciona raíces para la vida.

UNA ACUSACIÓN

La predicación debería a veces confrontarnos con nuestras responsabilidades y acusarnos de nuestros fracasos. El autor de Hebreos dice que la palabra es difícil de explicar porque ellos se habían hecho "tardos para oír". La palabra griega que se traduce por "tardos" (*nothros*) es la misma que se traduce por "perezosos" en 6.12. Esta palabra se usaba a menudo para referirse a un estudiante perezoso que se rehusaba a cultivar su mente. El autor podría haber dicho: "La falla no reside en la palabra en sí. La falla es de ustedes. Ustedes no han desarrollado la capacidad para entender".

Aparentemente, los lectores habían sido cristianos durante por lo menos una generación. El autor menciona la cantidad de tiempo que había transcurrido desde que ellos se habían convertido en cristianos ("después de tanto tiempo", 5.12). Los lectores habían tenido suficiente tiempo como para cultivar su entendimiento y llegar a ser competentes

para enseñar. El problema de ellos era su pereza, la cual se manifestaba en una carencia de energía física e intelectual.

La respuesta para una iglesia cansada, según el autor, es que se le alimente con “alimento sólido”. En los tiempos de antaño, a un estudiante de filosofía principiante, sus maestros le introducían en unos cuantos “primeros principios”. Al estudiante se le describía a menudo como un “bebé”, el cual debía sustentarse al comienzo con leche, para después poder participar del “alimento sólido”. Los estudiantes se proponían desarrollar su potencial con el fin de llegar a ser maestros ellos mismos. Todo estudiante que permanecía en el nivel de principiantes por un período prolongado, causaba serios problemas.

Las anteriores constituyeron imágenes apropiadas para el autor de Hebreos. Después de una generación, los lectores estaban todavía en su etapa de niño (5.13). Su dieta consistía en leche, y no eran capaces de digerir el alimento sólido que el autor les hubiera brindado. Es probable que el autor miraba a la cansada comunidad y deseaba decir algo que les fortalecería su fe. Pero él observaba que la carencia de crecimiento intelectual de ellos hacía casi imposible que él les comunicara lo que tanto necesitaban. Él reconocía que la iglesia jamás podrá mantener su identidad, a menos que se arraigue en el alimento sólido de la palabra de Dios.

UNA FE PARA NUESTRAS MENTES

Según el autor de Hebreos, el cristianismo no puede sobrevivir a menos que se le enseñe. Debe ser apreciado lo suficiente como para ocupar la atención de nuestras mentes. Los cristianos de todos los tiempos han establecido escuelas cuyo propósito ha sido el estudio académico de la Escritura. La salud y vitalidad del cristianismo se benefician del respeto por la erudición. Como herederos que somos de una larga y respetada tradición de erudición, dependemos de la supervivencia de miembros cultivados de la iglesia. La fe debe ser explicada, y la fe busca ser entendida. Una religión que no pase de ser superficial e inconsecuente no impone exigencias para un permanente cultivo de la erudición.

T.R. Glover, un clásico erudito reconocido, explicó una vez una de las razones más importantes por las que el cristianismo triunfó en el mundo de la antigüedad. Había muchas causas compitiendo por el compromiso de las personas, pero el cristianismo fue la que se ganó las mentes y corazones de ellos. Glover decía que los cristianos

eran mejores pensadores que el resto de la gente.

El cristiano leía los mejores libros, los asimilaba, y vivía la vida intelectual más libre que el mundo hubiera conocido. Jesús lo había hecho libre frente a la realidad.

No hay cabida para el cristiano ignorante. Desde el comienzo mismo el cristiano tuvo que conocer y entender, y tuvo que leer los evangelios, tuvo que ser capaz de dar razón de su fe.

Ellos leían acerca de Jesús, y conocían a éste, y sabían dónde estaban situados... ¿Quiénes eran los que cumplían la función de pensadores en el mundo de la antigüedad? Una y otra vez, era el cristiano el que lo hacía. Él superaba al mundo en su capacidad para pensar.²

¿UNA PÉRDIDA DE TIEMPO?

A veces creemos que el estudio es una pérdida de tiempo, o que nos distrae de cosas más importantes. Vivimos en una cultura que favorece a la acción antes que a la reflexión. Pero debemos cuestionar el valor de las acciones que no son guiadas por el estudio concienzudo. El autor pone cuidado en establecer una distinción entre los que son alimentados con leche y los que lo son con alimento sólido. Los que participan de leche no son expertos “en la palabra de justicia” (5.13). Los que participan del alimento sólido “tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal” (5.14). La palabra griega que se traduce por “inexperto” significa literalmente “uno que carece de experiencia” o “ignorante”. El autor dice que algunos cristianos siguen siendo estudiantes principiantes a perpetuidad. La “palabra de justicia” o la fe cristiana sigue siendo incomprendible para ellos porque no tienen el hábito del estudio y la reflexión concienzudos, y no reconocen que la fe requiere de una mente entendida y sensible.

Por otro lado, algunos cristianos pueden distinguir entre el bien y el mal porque las mentes de ellos han sido ejercitadas por el uso. El autor usa la ilustración de un atleta que se ejercita por medio de hábitos de práctica y dominio propio. El mismo vocabulario se usaba a veces para referirse a la disciplina del estudiante de filosofía porque éste conocía la importancia de ejercitar la mente.

Del mismo modo, hay ejercicio en la fe cristiana. Podemos cultivar la sensibilidad necesaria para tomar decisiones de orden moral solamente a través de tal ejercicio. Nuestras mentes son ejercitadas para “el discernimiento del bien y del mal”. Sin

² Donald Baillie, *To Whom Shall We Go? (¿A quién iremos?)* (New York: Scribner's Press, 1955), 63.

este ejercicio, no tendremos manera de evaluar nuevas ideas. Podemos ser presa fácil de toda idea nueva popular. Sin ejercicio disciplinado en la “palabra de justicia”, no podremos distinguir la fe cristiana de las muchas otras propuestas.

Pero el cristianismo no es una religión solamente para eruditos. Pablo podía describir a algunos de los cristianos primitivos diciendo que no eran muchos “sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles” (1 Corintios 1.26). Pero el cristianismo llamaba a todos éstos a usar sus propios talentos para llegar a ser más inteligentes en la fe.

También notamos que no es solamente a cierto grupo de expertos entre los hebreos, a quienes se les llama a cultivar un entendimiento de la fe. Las palabras que decían: “os habéis hecho tardos para oír”, fueron dichas a toda la congregación. El recordatorio del autor era en el sentido de que, aunque puede ser que nosotros deseemos que un liderazgo responsable guíe nuestro estudio, habrá otros que necesitarán usar sus propios talentos para crecer en la fe.

¿Nos habremos hecho nosotros también “tardos para oír”? ¿Qué les habrá sucedido a familias que deberían tener un conocimiento a fondo del contenido básico de la Biblia? Ya lo dijo James Smart, en su libro *The Strange Silence of the Bible in the Church (El extraño silencio de la Biblia en la iglesia)*, existe el peligro de que la iglesia llegue en gran parte a pasar por alto a la Biblia en sus planes educacionales. La acusación que a cierta iglesia aburrida se le hiciera hace mucho tiempo, puede ser la misma acusación que hoy se le haga a congregaciones contemporáneas.

No todos los planes educacionales que se basan en la Biblia son igualmente beneficiosos para la vitalidad de la iglesia. A menudo demostramos que nosotros no tomamos la Biblia en serio por el modo como la tratamos en nuestros programas. En algunos casos, abusamos de ella limitando su estudio a tan sólo algunas secciones. Otras veces, se usa tan sólo para probar un asunto ya definido mucho tiempo atrás. El solo hecho de que usemos la Biblia no significa que ya estemos teniendo “los sentidos ejercitados”, tal como lo expresa Hebreos. Nuestro crecimiento ocurre cuando estudiamos con la suficiente seriedad como para estar preparados para oír toda la historia, no solamente las partes que preferimos oír.

Nos extraña que muchas personas que la leen bastante, no lean otros libros sobre temas religiosos. Hay personas que toman muy en serio su cristianismo. Se mantienen informadas en

muchos campos leyendo los mejores libros. Pero ellas rara vez leen un libro acerca de las realidades de la fe, de Dios, de Cristo, de la oración, y rara vez leen la Biblia.

La mayoría de nosotros conocemos miembros de la iglesia que poseen excepcional competencia en el mundo académico, profesional o de los negocios, los cuales no pasan de conocer algunos pocos fundamentos de la fe cristiana. Han demostrado tener mentes agudas y capacidad para crecer en los negocios. Pero cuando de la fe se trata, exhiben una increíble inmadurez. El autor de Hebreos sabe que las mentes perezosas no le proporcionan vitalidad a la iglesia.

UNA PALABRA DE ALIENTO

La acusación que le hace el predicador a esta comunidad no es el fin del sermón. La prédica también brinda palabras de esperanza y de aliento. A la gente hay que darles razones para emprender las acciones que están llamados a emprender. Así el autor de Hebreos alienta a su comunidad a dejar “los rudimentos de la doctrina de Cristo” e ir adelante a la perfección (6.1 y siguientes). En esta palabra de exhortación hay una severa advertencia, la cual aparece en otros dos lugares de Hebreos (10.26 y siguientes; 12.17). Si “los que una vez fueron iluminados” recaen, es imposible renovarlos para arrepentimiento. El autor no da más explicaciones acerca de esta declaración, por ello es difícil de entender lo que está diciendo. Debemos recordar, sin embargo, que sus palabras no están dirigidas a personas que ya han recaído y estén buscando ser aceptadas nuevamente dentro de la iglesia. El meollo de la cuestión que está tratando, es que nuestra fe es demasiado preciosa como para desecharla. El que hayamos sido “iluminados”, o hayamos dado nuestros primeros pasos en la vida cristiana, es algo que sólo sucede una vez en la vida. La idea de que todos recaemos, y luego nos renovamos, es una idea que abarata nuestra salvación. Debemos ir “adelante a la perfección”. Si no avanzamos estaremos en peligro de morir.

El predicador debe también proporcionar los recursos que acicateen al pueblo a marchar hacia adelante. El autor le da dos razones a su comunidad, por las que deben mantener su devoción. En primer lugar, los versículos siete y ocho proporcionan una ilustración de la naturaleza. La tierra que recibe la lluvia y produce fruto provechoso, es bendecida por Dios. Si sólo produce espinos y abrojos, será quemada. Dios llama a la tierra a ser responsable. Él da su bendición sólo si ella pone de su parte. Es lo mismo con esta comunidad cansada. Dios

promete su bendición solamente a los que se disciplinan a sí mismos para crecer en la fe.

En segundo lugar, hemos invertido tanto de nosotros mismos en la fe, que sería una tragedia desechar ésta. Los lectores de esta epístola habían demostrado su “dedicación” (*spoude*) mucho tiempo atrás cuando les sirvieron a los santos. En 10.32–35, existe otro recordatorio acerca de cuán alto significado su fe había cobrado para ellos. Habían padecido la pérdida de sus bienes y habían sido objeto de abuso por parte de la sociedad en que vivían. Habían visitado a los presos (10.34), habían sostenido gran combate de padecimientos (10.32), y les habían servido a los santos (6.10). Esta fe había cobrado un significado demasiado alto para ellos como para ser desechada ahora.

Nuestra vida en la iglesia a veces parece

desagradable. Los desacuerdos con los demás y la insatisfacción con el rumbo que lleva la iglesia pueden llevarnos al desánimo y a la pereza. Necesitamos recordar todo lo que ya hemos invertido en esta causa en la cual hemos creído. Si Dios no olvida nuestra “obra y el trabajo de amor” hacia su nombre (6.10), nuestro pasado debe también estimularnos a mostrar “la misma solicitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza” (6.11).

Si el escritor de Hebreos hubiera escrito su libro dos mil años después, es probable que hubiera expresado la misma cosa. Una iglesia cansada del siglo veintiuno, necesita oír la palabra de acusación (5.11–14) así como la palabra de aliento (6.11) de él. Ambas suenan como si hubieran sido dirigidas a nosotros. ■

©Copyright 2000, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados